

Instituto de locos

India



Capítulo 1

-¡Este es el instituto!-dijo Juana.

Alicia la escuchó sin tomar en serio sus palabras. Juana siempre se quejaba de todo. Ese día la acompañó porque estaba aburrida y necesitaba salir de su casa y así despejar su mente porque el encierro ya comenzaba a enmohecerle el cerebro. Además, conocer aquel instituto tal vez haría que le nacieran las ganas de volver a estudiar.

Pero fue entrar y darse cuenta que Juana tenía razón, aquel lugar estaba "maldito". A pesar de ello, comentó:

-¡Tené paciencia! En un mes terminás el primer año y descansas durante las vacaciones.

Cuando entraron, una anciana pasó frente a ellas ostentando una joroba descomunal. Ambas se persignaron, aquella criatura tenía un rostro siniestro y si no salieron corriendo fue por estar todavía bajo el amparo del sol que espantaba de sus mentes las terribles imágenes invocadas por aquella figura humana.

-¡La verdad, te compadezco! Debe ser terrible cruzarte todas las semanas con esa mujer. Parece malvada, ni siquiera en las peores películas de terror vi algo igual ¿quién es, la rectora? Recuerdo que días atrás me hablaste de ella. Habías dicho que un par de veces te llamó la atención frente a todo el curso porque le molestaba tu actitud.

-Sí... acabás de conocer a la rectora del instituto treinta y pico. Galardonada con el premio Lovecraf a la "criatura más terrorífica jamás imaginada". Todos le temen porque contesta mal y nos menosprecia, intenta siempre bajarnos la autoestima y odia que le vayamos con cualquier tipo de problemas.

-Si esa es la rectora no quiero imaginar cómo serán los profesores.

Mientras conversaban Juana se acercó a la ventanilla de su preceptora para solicitarle la libreta que había pagado al comenzar el año. Su preceptora, la señora Carla, hizo de cuenta que no la había visto para continuar su conversación con una mujer que la acompañaba dentro de la cabina. Parecía sentirse molesta por la presencia de Juana que se quedó apoyada en la ventanilla, mirándola fijo, llena de interrogantes y por lo visto decidida a esperar ser atendida. Sorbió la bombilla del mate lentamente, absorbiendo hasta la última gota, dejando que un ruido fuerte se produzca anunciando la falta de líquido.

-¿Sí, qué necesitas?-le preguntó a la vez que se producía en su rostro una expresión despectiva, sus ojos la recorrían de arriba abajo, la nariz se le

ensanchaba como oliendo al enemigo y sus cabellos electrificados por la bronca de ver interrumpido su reposo, parecían apuntar hacia Juana, invisibles dardos cargados de veneno.

La imagen que tenía ante sí era dantesca, obligándola a juntar coraje para preguntarle por su libreta -saber si ya tienen mi libreta-su voz le salió entrecortada dejando en evidencia el miedo. La preceptora al darse cuenta del terror que generaba en esa alumna, culpable de haberla interrumpido, dejó asomar una mueca de triunfo y le dijo a los gritos, cargada de excitación:

-¡No, no están las libretas todavía, les dije que debían esperar unos días más! ¿Vos faltaste cuando fui hasta tu curso para notificarlos la semana pasada?

Juana se alejó sin decir una palabra, estaba acostumbrada a sus ironías y no tenía fuerzas ni ganas de contestarle. Lo que más temía en aquel lugar rodeada de aquellas personas, era transformarse en un monstruo como ellas. Debía controlar sus impulsos para no volverse loca y contestarles mal. Pedirles que sean más consideradas, más humanas, más normales, era demasiado. Además nadie la apoyaba, les daba lo mismo siempre y cuando el maltrato siguiera y se desviara hacia otras personas, nuevas víctimas con las que ellos se sentirían identificados pero no lo dirían.

Capítulo 2

2. Mujer topo

La mujer topo siempre se levanta tarde. Su madre le sacude las frazadas para despertarla porque no quiere que su hija duerma hasta el mediodía, teme en su interior que esa mala costumbre le haga perder la oportunidad de formarse como profesional y asegurarse un buen futuro. La madre de mujer topo todos los días intenta incentivar a su hija con carreras que prometen una vida exitosa: viajes, relaciones importantes, buen vestir, buen comer, perfumes, una casa habitable; no como la de ellas, llena de ratones merodeando. Apenas se van a descansar escuchan sus chillidos por las noches y no tienen idea sobre cómo deshacerse de aquellas criaturas. La madre de mujer topo no es una estrella en la limpieza, destaca más que nada por saberse todas las tramas de sus películas románticas preferidas, a las que dedica las horas más importantes del día. Apenas se preocupa por su hija.

Su hija estira el sueño lo más que puede. A veces la demora un joven enamorado, otras, una comida abundante y deliciosa, o si no, una aventura más divertida que su propia vida. "La vida real es un asco", piensa todas las mañanas cuando se ve obligada a levantarse. Los ruidos que llegan de la calle la despiertan; demasiados niños viven en su barrio y todos amanecen temprano, expulsados a la calle por sus padres, donde pasan casi todo el día jugando a los gritos, corriendo como desesperados y arrancando las ramas de su árbol. ¿Para qué plantaron un árbol de moras en la vereda?. Su padre tenía la culpa, a él siempre se le ocurrían ideas tontas como esa que las hacían renegar durante todo el verano con sus vecinos que se colgaban de las ramas para sacar los frutos y comérselos. Siempre rompían las ramas y las dejaban tiradas en la vereda.

" Si fuera más linda, tendría un novio y me iría de casa pronto". Su ilusión era vivir sola. A sus diecinueve años todavía no había conocido el amor pero sabía que jamás tendría un hombre hermoso a su lado porque ella era "fea, gorda y aburrida", aunque su madre intentó convencerla de lo contrario "vos porque te casaste con papá y tuviste suerte a tu manera después de todo", y ese "después de todo" significaba "a pesar de...", borracheras, insultos, maltratos, fracasos, desilusiones y una vergüenza que trataba de ocultar frente a su mirada. Porque a su madre le avergonzaba su esposo. Lo consideraba un ser débil, deprimido, sin ganas de hacer nada, un budoque de noventa kilos al que mantenía y del que no se podía desprender por más intentos que hiciera. Cuando se peleaban, él siempre volvía y todo quedaba en la nada. Su madre era una mujer tonta, que no se respetaba a sí misma.

Pero ella, a pesar de todo, estaba haciendo su intento por salir adelante. Viajaba todos los días una hora hasta el instituto para estudiar bibliotecología, una carrera aburridísima que duraba tan sólo dos años. La eligió por eso, por los años. No le interesaban los libros para nada ni sabía lo que eran ¿pero qué le importaba? ¡si total, lo único que tendría que hacer cuando se recibiera sería buscar los libros que la gente le pida y entregárselos! No era nada de otro mundo ni tampoco le costaría mucho esfuerzo. Lo que necesitaba era ganarse la vida sin hacer nada, no hacer nada y poder cumplir su sueño vivir sola. Eso le sentaría bien.

Había un chico en su curso que no la miraba ni por descuido pero no le importaba, ella se podía imaginar lo que quisiera. Y abusaba de su imaginación. Los profesores eran su pesadilla. Trataba de evitar cualquier contacto visual con ellos, que no le digan nada ni le pregunten ni siquiera su nombre. Los odiaba desde siempre y a todos por igual, sólo quería pasar lo más desapercibida posible y terminar.

Tenía dos primas "ejemplares, perfectas" a las que no veía desde hacía años, por suerte, como su familia tenía poco poder adquisitivo se habían distanciado del resto, y muy raras veces alguno llamaba a su casa pero no para saber cómo andaban sino cuando su abuela se enfermaba y necesitaban que su madre la cuide por unos días "vos que tenés tiempo", le decían y ella iba como si fuese la chica que la cuida.

A sus padres nunca les gustó trabajar mucho, vivían quejándose de todo y siempre inventaban enfermedades o excusas para faltar al trabajo.

A ella le gustaban los chocolates. Se los comía a escondidas para no tener que convidarles a nadie. Gozaba de ellos dándose atracones. Como aquella vez en la fiesta de cumpleaños de su prima Julieta, en la todos habían salido al patio para ver los fuegos artificiales que tiraba el tío José y ella viendo que la torta de chocolate había quedado sola sobre la mesa, aprovechó la oportunidad y obedeció a su impulso: se llevó la torta hasta el baño, se encerró y la devoró hasta el hartazgo, después tiró los restos al inodoro para que nadie se diera cuenta y cuando todos volvieron a entrar y descubrieron lo que había sucedido, ella acusó al gato siamés "lo había visto comerse toda la torta", pero nadie pareció creerle "¡Qué enferma!" escuchó a una voz decir, y su madre con una mirada cargada de ira, llevándosela de la fiesta sin siquiera dejarle tomar un souvenir.

Resignada desde joven a ser espectadora de los éxitos ajenos, soportaba las humillaciones como una mártir.

Mujer topo estaba en el instituto tomando apuntes sobre lo que decía su profesor de Análisis cuando se le cayó la cartuchera al piso y como el pantalón le quedaba chico, cuando se agachó para levantar la cartuchera dejó asomar su blanco trasero. Enseguida un coro de carcajadas sonó al

unísono pero nadie sabía la razón. Eran sus compañeros de atrás, únicos testigos de aquel espectáculo.

Capítulo 3

3. La llegada de los profesores

Los profesores llegan al instituto en sus embarcaciones y hay veces en que suelen compartir la nave entre ellos. Cuando bajan al muelle se toman un taxi que los deja en la puerta del edificio. Suelen ir apretados, sintiendo sus cuerpos pegajosos, entremezclando sus perfumes y desodorantes comprados en supermercado.

La profesora de Descripción es la única que no comparte los gastos del taxi, sus colegas pagan por ella pero guardan su rencor hasta la hora del almuerzo en donde dejan aflorar las indirectas. A ella solo le preocupa mantener el color de su pelo teñido a rayas verdes y rosa. Hipnotizada frente al espejo deja que el ojo izquierdo se desvíe a su antojo. Se da unos retoques de maquillaje para tapar la escamosa piel que asoma mínimamente. Después sale de prisa hacia el aula. Cuando sus ojos se desvían pareciera que ningún alumno se da cuenta y eso la hace sentirse segura en su imperio de cuatro paredes.

Su clase es aburrida porque habla de manera automática durante tres horas seguidas. Nadie entiende nada pero copian todo lo que dice por miedo a perderse y tener que interrumpirla.

Capítulo 4

4.Mientras tanto...

Mientras tanto en el baño del instituto las porteras estaban tirando las cartas de tarot. Lo hacían a ocultas y ofrecían adivinarle la suerte a las alumnas por una módica suma. Sucedió que todavía no habían cobrado sus sueldos, venían atrasados seis meses en el ministerio con ese asunto y las pobres ya no sabían qué hacer para sobrevivir; también habían instalado un pequeño puesto en donde vendían cosméticos de una marca conocida, especializada en difundir sus productos a través de una revista pequeña y una red de vendedoras distribuidas por todo el territorio argentino.

Hacían todas esas cosas a la vez que cumplían con su trabajo; nadie les podía decir nada porque eran rápidas para dismantelar todo y ninguna alumna era tan malvada como para denunciarlas. Al contrario, les compraban todo lo que podían y algunas se atrevían a que les adivinaran la suerte -mala nota hoy-les decían, y ellas salían cabizbajas sin siquiera asomarse al salón, prefiriendo volverse a sus casas. Otras, iban derecho al buffet, se tomaban un whisky para tomar valor y entraban con la frente alta, esperando incólumes la presencia del profesor.

Las más audaces, que eran mayoría en los últimos años, interceptaban al profesor en el pasillo para hacerlo caer y aprovechar la confusión para robarle los parciales. Se arriesgaban pero solían salir airoso. Los profesores confundidos y avergonzados de perder los parciales, volvían a tomarlos.

Se corría la voz que los porteros, a diferencia de sus colegas mujeres, organizaban en los baños de hombres peleas de gallos. Ninguno era capaz de confirmarlo ni tampoco de negarlo. Los varones habían creado un pacto de silencio entre ellos tan fuerte que persistía ante cualquier intento por romperlo. Ni los intentos más escandalosos de seducción lograban sacarle dato alguno. Era conocido el caso Yolanda, una alumna entrometida del instituto que llegó al punto de disfrazarse de hombre para ingresar al baño y ver con sus propios ojos lo que sucedía en aquel sitio. Pero todo fue en vano, porque su incorregible naturaleza charlatana la delato por el tono femenino de su voz y fue inmediatamente expulsada por los concurrentes de aquel sitio. Ese día no pudo ni siquiera lavarse las manos al salir del baño, infectó de bacterias todo lo que tocaba. Se dice también que por su culpa cayó enferma la regente. Algunas compañeras la vieron saludarla y abrazarla con sus manos cargadas de bacterias y a partir de esa ocasión que quedó registrada en la mente de dos alumnas impúdicas, se sabe que la regente cayó enferma y jamás se la volvió a ver por aquellos rincones.

Capítulo 5

5. Testimonio grupal

"En la hora de Inglés todos nos apresuramos para entrar al salón que es muy pequeño y entrar se convierte en todo un desafío, casi un deporte en donde hay ganadores y perdedores. Los ganadores ganan un asiento con buena ubicación; los otros deberán presenciar la clase desde la puerta del salón, asomando sus cabezas para poder escuchar mejor. Estirando todo lo que puedan los cuellos, convertidos en antenas humanas tratando de captar el sonido. A la profesora no le llama la atención esa escena grotesca que se presenta ante su vista. Cuerpos apretados, casi afixados por la cantidad de mesas que metieron los alumnos sin que halla el espacio suficiente, prensando sus cuerpos entre sillas y mesas. Y si algún infeliz tuviera ganas de ir al baño es casi imposible que logre deslizarse hasta la puerta porque no hay espacio libre por donde pueda circular. Sólo pasando por encima de sus compañeros podría ser capaz de alcanzar su libertad.

Pero en aquel lugar esta es una escena acostumbrada, el presupuesto municipal no alcanza para ampliar los salones. Sólo es suficiente para abastecer al instituto con bidones de desinfectantes, "la salud ante todo".

La clase comienza. Empieza a escucharse la voz de la profesora Zulma, tan locuaz y dinámica en su manera de llevar la clase que apenas empieza varios de nuestros compañeros dejan caer sus cabezas contra la mesa para dedicarse a dormir. Nadie los despierta pero sí les sacan fotos.

Cuando la profesora manda a hacer un trabajo en grupo, como es imposible moverse, todos lo forman con quienes tienen más cerca y la profesora aprovecha la hora de organización compañeril para dormir un rato detrás del libro que simula leer, pero sólo podrían testificarlo las compañeras apretujadas frente al pizarrón.

La profesora de inglés es una de las pocas que le cae bien a todos porque da poca tarea y no se le entiende nada. Pero como no es exigente, su materia se aprueba fácilmente. Sobre ella sabemos muy poco. Tiene un carácter tranquilo y de las dos horas que tenemos, sólo nos dedica una, el resto duerme.

Una vez le dio un ataque de pánico, fue el primer día. Nos miró, éramos como ochenta, todos apretados, pleno verano, había olor a transpiración y las ventanas al ser demasiado chicas no dejaban entrar mucho aire. Ella nos miraba. Nosotros nos acomodábamos, gritábamos, hacíamos ruido con las sillas y reíamos por cualquier motivo. Ella nos miraba. Nosotros seguíamos charlando, contándonos sobre nuestras vidas. Ella nos miraba. Y de repente salió corriendo. Pasaron las dos horas y no volvió. Nadie se

acercó a decirnos qué fue lo que le pasó y como todos estábamos demasiado apretados como para desarmarnos y salir, nos habíamos quedado las dos horas esperando su regreso.

La semana siguiente supimos cual fue la causa de su huida repentina: le nació una fobia. Y lo que decidieron en el instituto fue que continuara dándonos clase pero sin mirarnos. Ella se paraba de espalda a nosotros y así continuaba durante toda la clase. Nos pareció terrible al principio pero después nos fuimos acostumbrando. Y la profesora se curó finalmente el último mes de clases. Un día giró su cabeza y nos miró de reojo. Así supimos que se había curado.

Capítulo 6

6.Sábados

Los sábados eran los días más largos en el instituto porque estábamos desde las ocho de la mañana hasta las siete de la tarde: desayunábamos, almorzábamos, tomábamos la merienda y algunos hasta cenaban. El salón se convertía en un tenedor libre, un restaurante de comida rápida, se entremezclaban los aromas: ensaladas, pizzas, sándwiches, tortas, galletitas, cafés, mates, sopas; de todo se podía encontrar a cualquier hora. Y comíamos en los mismos asientos, también mientras los profesores daban la clase. Ellos nos miraban con deseo de probar nuestros almuerzos pero sólo les compartíamos el mate. Un mate chupado por seis bocas mas o menos, ya sin sabor, todo aguachento, mal lavado en el baño del instituto, con yerbas de dudosa calidad. Pero nadie se quejaba, todos parecían disfrutar de aquellas horas de almuerzo en común. A todos les encantaba comer, era lo que más disfrutaban de las clases. Eso y la charla con sus amigos o compañeros de banco.

Capítulo 7

7. Juan Caníbal

Juan Caníbal recibió la noticia por la mañana. Su madre lo despertó a las trompadas para decirle que era su cumpleaños número dieciocho y que por ser descendiente directo de ratones se convertiría en una rata de por vida. Él se lo tomó con calma, después de lavarse la cara ensangrentada marcada por los puñetasos, supo que su vida ya no sería la misma. Guardó las pocas monedas que tenía sobre la cómoda y salió rumbo a la escuela.

La escuela secundaria en donde asistía Juan Caníbal era terrible, asquerosa y totalmente desmoralizante. Los profesores se la pasaban faltando por cualquier motivo, las preceptoras eran mujeres gritonas que jamás prestaban atención a los alumnos, tan sólo ponían orden para formar y mantener los pasillos despejados. No hacían nada interesante en su escuela y las paredes estaban todas pintadas de un color celeste deprimente. Cuando los chicos entraban perdían la poca imaginación que podían llegar a tener. Los padres apenas se presentaban. Nadie se preocupaba por hacer actos, excursiones o proyectos interesantes.

Pero para Juan, esos días de tristeza se habían terminado porque ya sabía el secreto de su familia. La herencia oportuna que le obsequiaron sus antepasados: Hombre rata, qué orgullo. Tenía ganas de gritarlo, contárselo a todos sus compañeros, pronunciarlo constantemente.

Juan Caníbal logró terminar la escuela secundaria de la peor manera: el promedio más bajo otorgado a un alumno desde hacía cuarenta años; habiendo superado a su propio padre, miembro deshonorado de aquella institución. Su familia, orgullosa por vez primera, organizó una fiesta en la que fueron solamente los miembros de la iglesia, compañeros fieles de su padre, quienes conmovidos por su graduación, le obsequiaron con cánticos y docenas de trajecitos para que estrene en sus futuras caminatas por los barrios. Todos estaban convencidos de que Juan se les uniría y sería uno de los miembros menos productivos. Pero no fue nada fácil convencerlo, tanto fue así, que no lo lograron en absoluto. Juan, a pesar de todo, sabía bien lo que quería hacer con su vida y los sorprendió cuando el pastor Jimenez le preguntó frente a todos qué camino tomaría a partir de ese momento, Juan hizo un silencio para llamar la atención y cuando la tuvo, finalmente tomó coraje para decir: "Seré bibliotecario". Nadie entendió a qué se refería pero igualmente se acercaron a felicitarlo.

Al día siguiente, cuando toda la fiesta quedó en el olvido, Juan se puso su mejor traje de domingo y fue al instituto treinta y pico para alistarse en la

carrera de Bibliotecología.

Pasaron ocho meses desde que Juan se anotó en aquella institución y hoy goza de una panza alegre y una cabeza llena de confusiones. Llega al instituto siempre tarde, entra a las clases pidiendo disculpas y al rato de sentarse, deja caer su cabeza sobre la mesa para perderse en sueños. Está convencido de que esa es la forma más ingeniosa de seducción y rebeldía. Intenta atraer chicas. Pero lo cierto es que a Juan nadie lo mira ni por descuido, tanto es así que él mismo se saca fotos para luego subir al whatsapp del grupo, intentando ser gracioso.

Además siempre asiste a las clases vestido con su mejor traje porque leyó en algún lugar que a las chicas les atraen los hombres de uniforme, sea cual fuera y él tiene muchos en su casa, suyos y heredados: algunos regalados por sus tíos, otros herencia de su abuelo; dos, comprados por él mismo.

Está a punto de terminar su primer año de carrera y le gusta asistir, lo único que no tolera es el estudio. Pero ya verá cómo se las arreglará para aprobar las cursadas, eso es lo de menos.

Capítulo 8

Capítulo 9

8. El centro de estudiantes (2)

Ramón, se llamaba el presidente del centro de estudiantes "pañuelos al viento". Cuando se encontraba solo en el salón, seguro de que nadie interrumpiría sus pensamientos, gustaba de hurgarse la nariz para sacar unos cuantos mocos. Todos creían que en esos momentos de soledad ideaba nuevas formas de protesta para lograr hacer oír la voz de los estudiantes, pero él, en cambio, solo se concentraba en ese acto repugnante. Hacía ya tres años que ocupaba el cargo de presidente, y no había logrado hacer ningún cambio significativo. Sus planes y proyectos eran demasiado ridículos para que se molestasen en llevarlo a cabo. Las veces que intentaba juntar firmas, nadie ponía su impronta. Las hojas en blanco eran lo único que lograba al finalizar su campaña.

Pero no le importaba mucho su situación de inutilidad absoluta, porque él necesitaba estar tranquilo para poder estudiar su carrera. Eso era lo único que verdaderamente le preocupaba.

¿Por qué se postuló a presidente si no quería involucrarse en nada? Porque pensaba en el status que le otorgaba a su "perfil académico", aparentaría ser un estudiante comprometido por "la causa estudiantil" de la que no tenía la más remota idea, pero nada importaba verdaderamente, todo era cuestión de imagen. Y él logró juntar la mayoría de los votos gracias a su simpatía y la cara de atorrante que tenía. Las chicas lo votaron porque las atrajo su figura, su forma de expresarse y esa actitud rebelde que tenía cuando se expresaba frente a la clase. Y los compañeros del instituto lo votaron porque les daba lo mismo quien ganase y entre los desastrosos grupos que se postulaban, el suyo, "pañuelos al viento" era el más pasable. Por eso lo votaron.

Además tenía un plus, era hijo de una de las profesoras, con eso se aseguraba de que nadie lo molestaría durante su presidencia.

Los primeros días que estuvo a cargo, después de festejarlo con sus compañeros, se le ocurrió juntar fondos para reformar el pequeño espacio que la institución le cedía para que instalara el centro de estudiantes. Era un galponcito pequeño que sirvió anteriormente para guardar las escobas y productos de limpieza que utilizaban los porteros. Ahora le pertenecía a su agrupación y necesitaban decorarlo, acondicionarlo para darle más categoría, más seriedad. Así que organizó una rifa, el premio consistía en diez botellas de bebidas alcohólicas, con una canasta incluida. A los directivos de la institución no les había parecido buena idea y se la rechazaron, pero él la llevó a cabo de manera clandestina, fue una rifa informada de oreja a oreja, en susurros, entre los alumnos y algún que otro portero borrachín. Participaron todos los estudiantes, fue un éxito. El

premio lo tuvieron que retirar en la puerta de su casa para no tener problemas con la institución. Todo salió bien y con la plata que juntaron compraron pósters de cómics que a él le gustaban para decorar las paredes, resmas de hojas para escribir las propuestas, una computadora, varios bolígrafos, cajas de chicles, y el resto lo gastaron en comida que compraron en el buffet del instituto para hacer más pasables las reuniones del equipo. En esas reuniones solo hablaban de fútbol y chicas. Nunca pensaron en hacer un proyecto o escuchar los reclamos de los estudiantes.